

# PiNOCHO

AÑO. III  
NUM. 141

25 cts

30 OCTUBRE  
1927



¿COMO LLEVAS UN TERMÓMETRO TAN GRANDE?  
-LO HE COMPRADO GRANDE PORQUE ES PARA  
CALENTAR MI HABITACIÓN-



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO. 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EL BUQUE FANTASMA

CUENTO POR EMILIO SALGARI



ACÍa quince días que habíamos dejado las costas de Africa con rumbo a Pernambuco, uno de los puertos más hermosos del Brasil, y también uno de los más peligrosos, porque durante la estación del calor la fiebre amarilla mata cada año un número considerable de personas, escogiendo con preferencia a los europeos.

Durante aquellas dos semanas, transcurridas bajo un calor verdaderamente asfixiante, ni una sola nave se había cruzado con la nuestra, ni había aparecido en el horizonte una sola isla que alegrase nuestra vista, harta de contemplar aquella interminable llanura líquida.

Siempre agua y cielo, y agua y cielo, y un calor capaz de volver loco a cualquiera. ¡Qué terrible es aquella zona tórrida, en la que no se puede respirar una bocanada de aire fresco, ni siquiera durante la noche!

Y las costas del Brasil estaban aún muy lejos a causa de aquellos vientos flojísimos, que imprimían a nuestro barco la velocidad de un caracol.

El décimosexto día habíase levantado, por fin, un viento más bien fuerte, y el cielo se había cubierto de nubarrones negros, cual la pez, anunciadores de una de aquellas tempestades que son tan peligrosas en aquellos climas abrasadores.

El océano empezaba a hincharse. Aquella superficie líquida, hasta entonces tersa, cual capa infinita de un metal incandescente, rompíase acá y acullá, alzándose en oleadas bastante violentas, que nos sacudían desordenadamente, con poca satisfacción de nuestros estómagos.

No obstante, todos habían saludado con alegría aquel huracán, portador de un poco de fresco y probablemente de un furioso aguacero, largo tiempo deseado.

No pensábamos en el peligro, y además teníamos completa confianza en la habilidad del capitán y en las buenas condiciones marineras del barco.

El huracán se concentraba a simple vista. Desde el sur las nubes acudían a su vórtice, amontonándose y haciendo palidecer la luz.

Extendíase por el océano una extraña obscuridad, interrumpida de vez en cuando por vivísimos relámpagos, que ofrecían extraños matices.

Nuestro barco, después de tantos días de calma, había reanudado su veloz carrera, rompiendo con el espólón y a veces con el bauprés las olas que le asaltaban.

El océano hervía formidablemente, agitado por un ventarrón caliente, sofocante, procedente de la zona tórrida.

Olas inmensas perseguíanse en todas direcciones, con mugidos ensordecedores, salpicándonos de espuma.

Eran las siete de la tarde, y la obscuridad se había hecho más profunda, cuando oímos gritar una voz:

—¡Barco a proa!

El encuentro de un velero, especialmente en las regiones poco frecuentadas, es siempre un acontecimiento.

Nos habíamos, pues, precipitados todos hacia proa para verlo y para cerciorarnos de su dirección, porque los choques son frecuentes hasta en el océano.

La nave señalada era un barco grande, todo negro, de formas pesadas, que llevaba desplegadas las velas bajas.

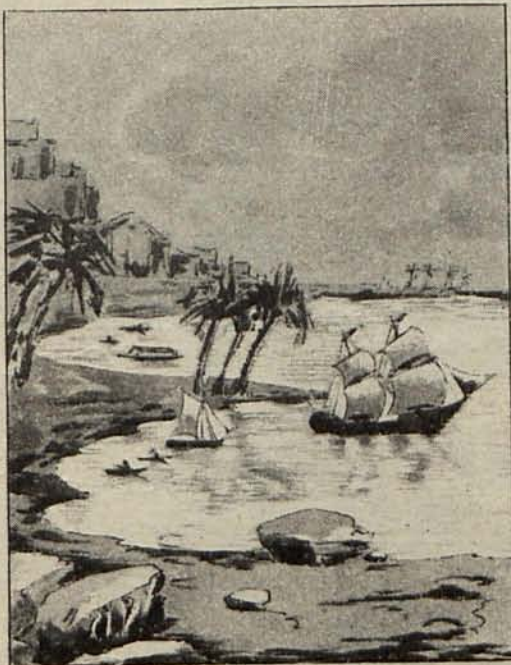
Venía de occidente y corría hacia oriente, cortándonos el camino. A la luz de los relámpagos no habíamos visto persona alguna en su cubierta, ni siquiera al timonel.

—¡Qué extraño! —exclamó el capitán—. Se diría que ese barco ha sido abandonado por su tripulación.

En efecto; aquel velero no llevaba un rumbo bien definido. Corría en zig-zag, bajando y subiendo las olas, sin intentar maniobra alguna para aprovechar el viento.

El capitán, bastante preocupado, había dado órdenes para estar prontos a virar, pues si seguíamos avanzando, había probabilidades de chocar.

La más viva curiosidad se había apoderado de todos nosotros. ¿Adónde iba aquella nave; qué hombres la







tripulaban, y cómo no nos había visto cuando el cielo estaba surcado incesantemente por relámpagos deslumbradores?

De pronto, una duda abrióse camino en nuestros ánimos. Todos habíamos oído hablar del famoso buque fantasma, que muchos marineros aseguraban haber encontrado en los parajes menos frecuentados.

¿No sería la nave mandada por el *Holandés* maldito, que por haber negado a Dios había sido condenado, durante una eternidad, a recorrer los mares entre relámpagos, truenos y tormentas?

Un supersticioso terror nos había invadido a todos, y nuestras miradas clavábanse con espanto en aquella nave, que corría por encima de las crestas de las olas sin hombre alguno al timón y sin cambiar jamás el velamen.

Hasta nuestro capitán, aunque conocido por su valor, parecía estar fuertemente impresionado.

Temiendo una colisión había dado orden de echar rizados a las velas y estar listos a todo evento, porque no estaba excluida la sospecha de que podía tratarse de algún barco tripulado por corsarios.

Entretanto, aquel misterioso buque seguía acercándose, haciendo bruscas desviaciones. Habíamos dirigido a él nuestros gemelos para ver si en la cubierta no había realmente persona alguna.

Los relámpagos habíanse hecho tan frecuentes, que se veía mejor que de día; y bien fuese por casualidad o por alguna otra causa, parecía que se proyectasen con particular predilección sobre aquella nave.

De pronto, oí decir a un oficial que estaba a mi lado:

—¿Hay alguien en el barco?... ¿No lo ve usted?

—No creo que haya nadie —contesté.

—Mire hacia el pie del palo mayor. Parece que hay un hombre atado.

—Y otro colgado en una verga —gritó el contramaestre, que estaba en pie en proa, observando el barco—. ¡Mirad! ¡Mirad cómo lo hace danzar el viento!

Un estremecimiento de horror les sacudió a todos.

Colgado de la verga señalada por el contramaestre, habían descubierto, en efecto, una figura humana, que el viento agitaba impetuosamente.

—¡Es un hombre colgado! —había repetido el contramaestre.

—¡Mirad! —replicó un viejo marinero de barba blanca—. ¡Es el barco fantasma del *Holandés*!

—¡Silencio! —gritó el capitán, que no había creído jamás en la existencia de la nave maldita—. ¡Prontos a virar! ¡Pronto!

Apenas nuestro barco se había desviado de su rumbo, cuando la nave, empujada por las olas y el viento, pasaba por delante de proa con fulminante velocidad, desapareciendo pronto en las tinieblas.

Los relámpagos habían cesado de repente, y a una noche de fuego había sucedido una noche oscura como el fondo de un pozo.

Me había acercado al capitán, que, de pie en el puente, parecía buscar todavía con la vista aquella nave misteriosa.

—¿Qué me cuenta, capitán? —le pregunté—. ¿No será leyenda lo del buque fantasma?

El capitán me miró, sonriendo irónicamente, y añadió:

—No creo en el buque fantasma; pero...

—¿Qué cree usted?

—Dejemos las supersticiones a los marineros —replicó, encogiéndose de hombros—. Lo que me preocupa es el posible encuentro con aquel barco. Con esta obscuridad podría venir a echarse sobre nuestra proa.

—¡Pero si corría hacia el este!

—Si nadie la dirige, el viento, que tiende a cambiar, la podría llevar de nuevo hacia nosotros.

—¿Qué cree usted que es? ¡Un barco de corsarios!

—No; un barco abandonado por sus tripulantes.

—¿Y aquel hombre colgado?

—¡Ah! ¡Sí! ¡Me había olvidado de él! —exclamó el capitán, dándose una palmada en la frente—. ¡Había un hombre colgado de una verga! ¡Un verdadero misterio!

—¿Que quisiera usted aclarar?

—Sí —dijo el comandante—. Si el huracán calma, nos pondremos a buscar ese barco misterioso. Entretanto, recomiende a nuestra gente una gran vigilancia. Una colisión con aquel barco enorme sería fatal para nosotros.

La tormenta, que seguía violentísima, parecía que  
(Continuará en el número próximo.)





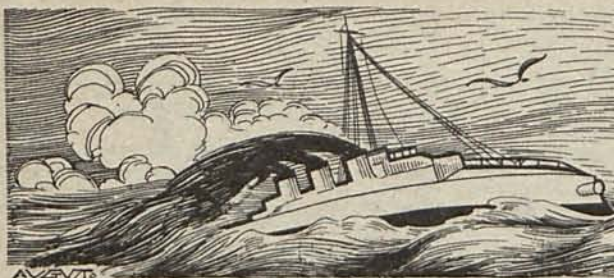
**LAURA  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA**



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**







# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

—Esta bien —gritó Rodolfo de Barenval con los ojos brillándole de alegría—. Valientes muchachos, acepto. Desde este momento formáis parte efectiva de mí...

Un cañonazo disparado a lo lejos, en el mar le interrumpió.

—¿Qué pasa? —exclamó, poniéndose en pie de un salto y corriendo a la escalerilla de la cubierta—. Seguidme.

En cuatro saltos estuvo en el puente y miró en torno ansiosamente, por la inmensa extensión del océano.

Soplaba un fresco monzón del oeste, y el torpedero, con la vela izada y modificada la ruta primitiva, corría hacia el mar de las Molucas, siguiendo la dirección señalada por el capitán, pasando por delante de la isla de Timor-laut para internarse en aquél dédalo inmenso de islas e islotes que comprende Celebes, Gilolo, Waigion, Salvaty, Buru, Sirang, Timor, Timor-laut, Moa, Laurat, Ombay y otras más.

Para comprender la causa de aquel cañonazo que había interrumpido de repente la conversación entre el capitán Barenval y los cinco rebeldes ingleses, hemos de rogar al amable lector que abandone por un momento el *Torpedero de presa*, como le ha llamado en sentido misterioso el jefe de los fugitivos de Ngu, y nos acompañe a las costas surorientales de la más grande de las tierras nombradas, o sea la isla de Celebes, que extiende sus cuatro largos brazos volcánicos junto a la de Borneo, semejante a una medusa adormecida en la superficie del mar.

En aquellos días desarrollábanse allí sucesos dramáticos que debían ejercer una singular influencia en la suerte de nuestro héroe.

Como es sabido, la isla de Celebes pertenece geográficamente a la llamada Malaya holandesa, en el archipiélago de la Sonda, y mide, comprendiendo los islotes secundarios, una extensión de 200.000 kilómetros cuadrados, con una población de un millón y medio de habitantes entre indígenas y europeos, en especial holandeses.

Holanda ejerce en Celebes un gobierno personal y una gran supremacía que se extiende por casi todos los pequeños Estados en que está dividida la isla.

Pues bien, dos noches antes de los últimos sucesos relatados estalló una horrible tragedia en los dominios del rajá Kandang, soberano de Tomini, situado en uno de los profundos golfos de la isla descripta.

Unos cuantos oficiales de la guardia del príncipe, sobornados por el *arung* (1) Sudharah, hombre ambicioso y con fama de pirata, abrían las puertas de la capital a sus bandas, mientras dos barcos suyos, bien armados y provistos de numerosa tripulación, aparecían a la boca del puerto.

Guiados por los traidores, las primeras bandas rebeldes entraron casi por sorpresa en la ciudad y empezaron el saqueo, mientras el *arung*, con el grueso de sus fuerzas, ocupaba los puntos estratégicos.

Advertido Kandang del peligro, mientras sus mujeres y sus hijos eran acuchillados, había podido bajar al puerto por un camino secreto, embarcándose en pequeño vapor,

debido a la generosidad del gobierno holandés en premio a su sumisión.

El desdichado príncipe, con el corazón desgarrado y temblando de ira y vergüenza, enloquecía oyendo los gritos furiosos y desgarradores, mezclados a los disparos, a los clamores de los *enemigos victoriosos*, y quería volver a la ciudad para precipitarse en medio de la pelea y morir con los suyos.

Los pocos y fieles súbditos que le seguían lograron detenerle, convenciéndole de que se pudiese en salvo mediante una rápida fuga para volver más tarde, cuando hubiese llegado la hora de la justicia y de la venganza.

Kandang era un buen mozo de cincuenta años, alto, robusto, erguido vigoroso; pensó que le quedaba fuerza y vida suficientes para castigar al *arung*, junto con sus traidores, y embarcó, decidido a la fuga.

Por su desgracia, el odio de Sudharah era más tenaz de lo que creía.

Los dos barcos del *ar ng*, provistos de velas y máquinas, habíanse puesto de centinela a la boca del puerto y ningún barco podía entrar o salir sin ser descubierto y asaltado.

—¡Pasaremos a viva fuerza! —dijo el capitán del barquito, que era holandés—. Conozco a mi gente, príncipe, y no temblarán.

—Seréis recibidos a cañonazos.

—A los cuales contestaremos.

La noche era hermosa, pero oscura; el mar estaba tranquilo; en la ciudad continuaban los gritos y el tiroteo; acá y acullá resplandores de incendios se encendían siniestramente para apagarse poco después.

El capitán holandés puso unos cuantos hombres al servicio de las piezas de tiro rápido de que estaba provisto el barco, señaló a cada cual el puesto de combate y lanzó la orden:

—¡Máquina avantel

El ágil barco se puso en marcha, deslizándose cautamente en medio de la sombra, en las tranquilas aguas; pero de pronto, mientras los dos barcos enemigos, advertidos de ello, se disponían a maniobrar para cortarle el paso, saltó cual caballo fogoso aguijoneado de la espuela y pasó a toda máquina entre ellos dos, lanzándose desesperadamente hacia alta mar.

Empezó entonces, amigos míos, una persecución encarnizada, un regatear a toda velocidad, una furiosa lucha de carbón que terminaría solamente al agotarse a uno o al otro el combustible.

El capitán holandés confiaba en cansar a sus adversarios obligándoles a volverse atrás al alejarles demasiado de su base de operaciones, y la estratagema le habría salido bien del todo, sin un hecho que ignoraba.

El odio del *arung* Sudharah no conocía componendas ni términos medios.

Quería la muerte de Kandang para no tener un molesto y legítimo competidor, pues sabía que Holanda acabaría por reconocerle como soberano de Tomini por derecho de conquista.

(1) En Celebes se llama *arung* al jefe de cada una de las subdivisiones en que se dividen los Estados de cierta extensión.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—¿Si vieras qué sueño tengo, querido buho!

—Si; se te nota en los ojos. Los tienes medio abiertos y medio cerrados. Tengo la seguridad de que si descansases la cabeza sobre una almohada te quedabas dormido en seguida.

—¿Quieres que haga la prueba?

—No es posible, Chononcito. Es la hora de nuestra charla, y ya sabes que no la podemos interrumpir.

—Es verdad. ¿Y qué haría yo para quitarme este sueño de encima?

—Que te traigan una taza de café puro. Eso te despejará mucho.

—Voy a avisar que la traigan, y mientras llega el café vas a decirme por qué el café nos quita el sueño.

—Yo creo que es mejor esperar a que te lo tomes, porque si no me expongo a predicar en desierto. Cuando se tiene sueño, lo primero que se adormece es el cerebro. Las ideas se desvanecen poco a poco, hasta que la imaginación deja de funcionar para entregarse al reposo absoluto. ¿Me oyes?

—Sí, hombre, sí, te oigo. Mira, ya está aquí el café. ¿Gustas?

—Que aproveche. Yo no tengo sueño.

—Venga, pues. Ya puedes hablar. Este efecto tan rápido es admirable. Me asombra, amigo buho. ¿Qué habrá pasado en mí para despejarme de este modo?

—El sueño es manifestación de cansancio. Cuando decimos «Tengo sueño» manifestamos un deseo de descansar exigido por nuestro organismo. Los músculos, los nervios, el cerebro, todo nuestro cuerpo nos avisa por medio del sueño de la necesidad de dormir. Mientras se duerme cesa la actividad o trabajo de todo nuestro ser. No pensamos, no oímos, no hablamos ni cansamos nuestra vista, y, sobre todo, cesa la función cerebral, que cuando estamos despiertos no deja ni un solo momento de producir ideas.

—Te advierto, querido buho, que en muchas ocasiones, aunque estoy dormido, mi cerebro sigue produciendo ideas. Una vez recuerdo que soñé que andaba por el fondo del mar como si tal cosa. ¿Qué te parece?

—Yo te estaba hablando del sueño perfecto; de ese sueño en que todo reposa. Cuando se ensueña es porque el cerebro no está dormido, y es evidente que si él sigue trabajando, el descanso no es completo. Por eso habrás notado que después de una noche muy agitada de ensueños nos despertamos y tenemos la cabeza pesada. Nuestro cuerpo ha dormido, pero nuestro cerebro no. Es igual que si mientras dormimos estuviésemos agitando un brazo; al despertar tendríamos el brazo rendido de cansancio. Para que el descanso sea preciso es absolutamente necesario que todo en nuestro cuerpo duerma y no haya ningún agente interior ni exterior que nos perturbe. Esta razón explica una de las causas por las que hemos de dormir con los ojos cerrados.

—No lo comprendo.

—Pues es bien fácil comprenderlo, Chonón. Si durmiésemos con los ojos abiertos, pasaría la luz a través de ellos, excitaría nuestro cerebro y no lo dejaría dormir.

—Esto lo comprendería muy bien si tuviéramos que dormir con

la luz encendida; pero yo, y seguramente que tú también, tengo la costumbre de quedarme completamente a oscuras cuando voy a dormir.

—Por eso te he dicho que era una de las causas por las que había que dormir con los ojos cerrados. Pero hay otras tan poderosas como ésta.

—Pues dime cuáles son y me convenceré.

—Los ojos ya sabes que necesitan estar húmedos constantemente.

—Lo sé porque en otra charla me hablaste de las glándulas lacrimales.

—Teniendo los ojos abiertos, el agua que mantiene esta humedad se evapora por el contacto con el aire, y entonces bajan los párpados y bañan de nuevo nuestros ojos. Este parpadeo exige un movimiento constante de algunos músculos, y no podríamos dormir si ellos tuvieran que seguir trabajando, porque, te repito, que el sueño es el reposo absoluto de todo el organismo.

—Comprendido. Ahora me explico por qué lo primero que noto cuando tengo ganas de dormir es que se me cierran los párpados. Se conoce que les rinde el incesante trabajo de todo el día. Y dime, mi sabio buho, ¿a los animales os ocurre lo mismo?

—A todos, no. Las serpientes, por ejemplo, no pueden cerrar los párpados, porque no los tienen.

—¿Y no duermen?

—No hay ser viviente que pueda vivir sin descansar. Hasta las plantas y los microbios tienen sus ratos de absoluto reposo.

—Pues las serpientes tendrán que dormir con los ojos abiertos.

—Así duermen. Lo mismo les ocurre a los peces. No tienen párpados y no los pueden cerrar; pero mientras duermen, aunque tienen los ojos abiertos, no ven, porque el cerebro descansa y no está en relación con el exterior.

—¿Vas a decirme ahora por qué el café nos desvela? Desde que lo he tomado estoy cada vez más despierto.

—Porque el café tiene la propiedad de excitar nuestros nervios, y esta actividad aleja el deseo inminente de descanso. Este desvelo es artificial, pues obedece a una causa extraña, y cesa cuando se pasan los efectos del café.

—Quiere decirse que esta noche volveré a tener sueño.

—Indudablemente. A menos que vengan otras causas a quitártelo.

—¿Qué causas pueden ser esas?

—Hombre, hay muchas que pueden despertarte. Una preocupación, un dolor, un malestar cualquiera pueden hacerte pasar la noche en claro. De aquí a la noche no sabemos lo que puede pasar.

—Pues para poco te sirve entonces tu sabiduría.

—Para adivinar el porvenir no me sirve, desde luego.

—Pues en ese punto mi sabiduría es mayor que la tuya. Yo sé lo que vamos a hacer tú y yo dentro de un rato.

—A ver si es verdad.

—Pues dentro de un rato te irás tú a tu casa y yo a la mía.

—Te equivocas. Yo me voy ahora mismo.

—Eso lo has hecho para dejarme mal.

—Es que es muy tarde, Chonón.

—Es que eres un pícaro, buho.

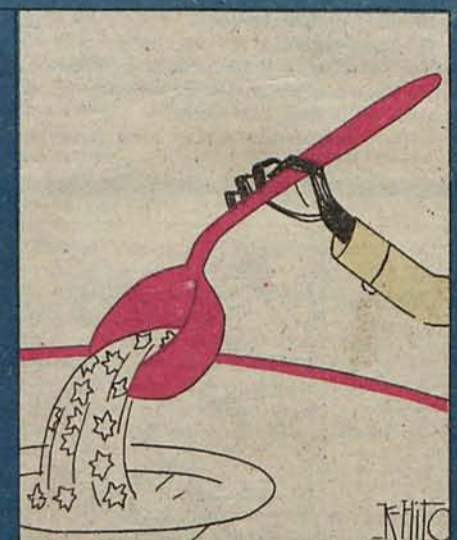
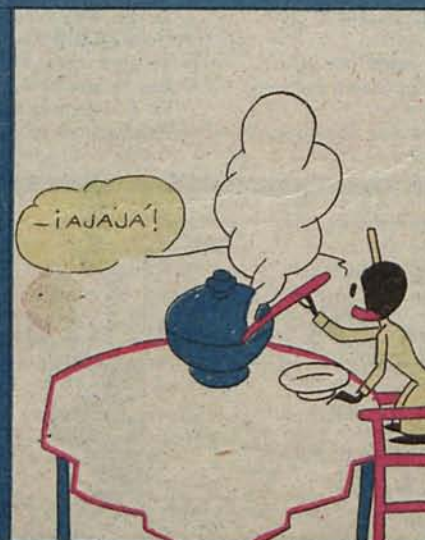
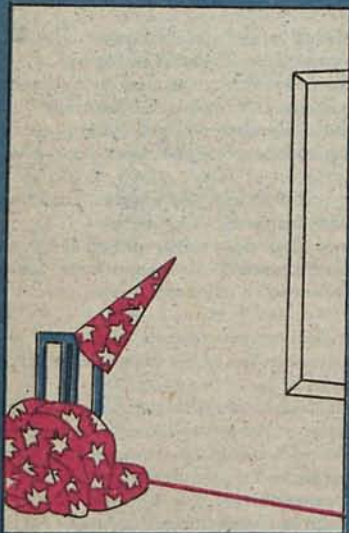
¿QUÉ PINOCHISTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



NUESTROS AMIGOS ESTÁN ENCERRADOS EN EL "CAÑON PERDIDO", EL "LOBO" Y SU PANDILLA DE SALVAJES GUARDAN LA ENTRADA Y LES ARROJAN PIEDRAS DESDE ARRIBA.



HE SOÑADO QUE ESTABA EN CASA, Y QUE MI MAMA ME DABA UNA GRAN REBANADA DE PAN CON CHOCOLATE.

¡PUES VO NI AUN ESO HE SOÑADO!



¡QUIEN PUDIERA TOMAR UN POCO DE CAFÉ CALIENTE!

¡YO CREO QUE NO DEBEMOS ENCENDER FUEGO PORQUE EL HUMO GUARÍA LAS PIEDRAS DE ESOS BANDIDOS!



MIRA UNA CABRA! SI LA PUDIERAMOS PILLAR VIVIVA TOMARÍAMOS LECHECALIENTITA.

¡AVANCEMOS DESPACIO, PARA NO ASUSTARLA!



¡LA CABRA HA HUIDO! ¡QUIERAN LOS DIOS GUAR NUESTROS PASOS HASTA UN SEGURO ESCONDRIJO.

¡DIABLOS! ¿POR DONDE HA DESAPARECIDO LA CABRA?



SE HABRÁ ESCONDIDO EN ALGUNA CUEVA DE ESTAS.

SOSPECHO QUE DEBE HABER ALGUNAS ALIDAS SUBTERRANEA.



¡ESCRIBIR! PERO... COMO LLEGARÁ LA CARTA A PODER DE TIO BIM?

VOY A ESCRIBIR TIO BIM DICIENDO QUE ESTAMOS HUNDIDOS EN "EL CAÑON PERDIDO".



¡VED MI MENSAJERO, ESTA PALOMA VOLARÁ COMO UNA FLECHA HASTA LLEGAR A SU NIDO!

¡ESTE POBRE CHINO ESTÁ ASOMBRADO DE TU PREVISIÓN!



¡TÁ BIEN EL PAPELITO, NO OLVIDES QUE TIENE QUE VOLAR MUCHOS KILOMETROS!

¡TODAS LAS PRECAUCIONES ME PARECERÁN POCAS!



¡VEO ESPERANZAS A TRAVÉS DE LAS PLUMAS DE ESTE PAJARO BLANCO!

¡VUELA, QUE SI LLEGAS A CASA DE TIO BIM TE REGALARÉ UN PALOMAR DE ORO!



¡VAYA MARINERO! ¡PODRÍA NAVEGAR POR TODOS LOS MARES SIN MAPAS NI BRUJULA!



¡CUANDO TIO BIM RECIBA EL MENSAJE VENDRÁ A SOCORREROS Y ENTONCES AL LOBO Y A SUS BANDIDOS LES PESARÁ HABERSE METIDO CON NOSOTROS!





# CUENTOS DE CALLEJA

## PERSEVERAR EN LA OBRA

Castillo



E oyó un silbido penetrante, y poco después el ruido de los vagones al llegar lentamente a la estación; paró el tren, y descendieron los viajeros. Entre éstos venía un niño de unos doce años de edad, que, cogiendo su maleta, salió precipitadamente hacia la ciudad.

No bien hubo andado unos cien pasos, cuando, acercándosele una anciana, le dijo:

—¿Adónde vas, muchacho, con tanta carga?

El muchacho le contestó:

—Voy allá; vengo de allí, y luego iré acullá.

—Allá no vayas; allí no vuelvas, y acullá te tengas —respondió la vieja en tono misterioso.

Detúvose el muchacho a contemplar a la anciana, y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Os he reconocido: sois el hada de mis ensueños; la que hace ocho días se me apareció ofreciéndome llevarme al país de las aves y de los lindos juguetes, siempre que llevara en mi maleta tres cosas: el pelo de un calvo, el diente de un mellado y el oído de un sordo.

—¿Y traes todo eso? —preguntó el hada con curiosidad.

—Ahora mismo lo verá usted.

Y, abriendo el maletín, sacó tres envoltorios, que fué enseñando sucesivamente.

—Aquí tenéis el pelo de un calvo —dijo mostrando una peluca—; he aquí el diente de un mellado: se me cayó ayer mañana y aquí lo guardé; y, por último, vea usted si esto es o no el oído de un sordo.

Y enseñó una trompetilla.

—Con todo eso se va muy lejos —dijo el hada—; pero hay que saberlo usar. Ve esta noche al arroyo Luminoso, y al dar las doce tiras al agua la peluca, te pones en la boca el diente y te aplicas al oído la trompetilla. Obedece lo que te manden y no hables palabra.

Así lo hizo el muchacho. Antes de media noche estaba ya en el arroyo, y, sentado cerca del agua, esperó que dieran las doce. Sonó la primera campanada, y Bernardito, que tal era el nombre del muchacho, tiró al agua la peluca, se metió el diente en la boca y se colocó en el oído la trompetilla. Al sonar la última campa-

nada vió venir, a lo largo del arroyo, dos larguísimas filas de lucecitas, semejantes a luciérnagas, que se dirigían rápidamente hacia él. Cuando estuvieron cerca vió que eran unos diminutos farolillos llevados por enanos de lengua barba y roja caperuza que, al verle, le dijeron:

—Si vienes de allí y vas allá, no vuelvas acullá.

A lo cual contestó Bernardo con un signo de cabeza.

Abriéronse las dos filas de enanos, y, alumbrando los pasos de Bernardo, le llevaron velozmente a una escondida gruta; allí levantaron entre todos una enorme piedra, y cogiendo al muchacho le hicieron descender una estrecha escalera de caracol.

Al terminar ésta, una enorme corriente de agua cerraba el paso, y entonces, un enanillo, que parecía el jefe, dijo a Bernardo:

—Escupe el diente.

Obedeció el chicuelo, y el diente se convirtió en un hermoso puente de marfil, por donde pasó toda la comitiva. Al llegar al otro lado del río, todos los enanos se convirtieron en pájaros y comenzaron a revolotear junto al muchacho, lanzando al aire sus más lindos gorjeos. Siguió su marcha Bernardo, encontrándose a poco frente a un hermoso palacio, en cuyo frontis-

picio se leía esta inscripción:

«Este es el allá; más lejos, acullá.»

Como la puerta estaba cerrada, quedó Bernardo perplejo un breve instante; pero acordóse de la trompetilla, y tocando con ella la puerta cerrada, abrióse ésta un momento de par en par.

¡Qué salones tan hermoso recorrió Bernardo, lleno de admiración! Los juguetes más caprichosos y lindos cubrían literalmente las paredes. Colgados del techo había otros muchos, a cual más ingeniosos, y en la soberbia taza de una fuente, de cuyos surtidores escapaba agua de colonia, nadaban innumerables barquitos de vela y de vapor.

Siguió, con todo, su camino, y al penetrar en una de las más apartadas habitaciones encontró una muñeca lindísima que tenía el tamaño de una niña de ocho años. Detúvose un instante a contemplarla Bernardito, pareciéndole que aquellos ojos húmedos y brillantes







que le miraban estaban vivos, y acercándose lentamente tocó con la trompetilla la cabeza de la muñeca. Instantáneamente desapareció la rigidez del juguete, adquiriendo éste vida y movimiento.

—Mil gracias —exclamó la niña besando la mano al simpático muchacho—. Aquí estaba convertida en muñeca por haber desobedecido a mi mamá, y si no hubieras venido, sólo Dios sabe cuánto tiempo hubiera permanecido en ese estado, o si me hubieran vendido en un bazar a alguna niña de esas malas que rompen y maltratan a las muñecas.

Hiciéronse muy amigos Bernardo y Margarita, que así se llamaba la muchacha, y se entretuvieron en jugar con los lindos pajarillos que, entrando por balcones y ventanas, iban a comer a una hermosa pajarera llena de alpiste y cañamones.

Hicieron carritos de papel para que tirasen de ellos las avecillas, y se divertieron mucho con los juguetes que había en el palacio.

Por todas partes encontraban cosas agradables; dulces que no empalagaban ni producían sed; columpios que se movían solos en cuanto alguno de los niños se montaba en ellos; hermosas escopetas que, al dispararse, en vez de un tiro producían una música muy agradable; caballos que andaban solos, como los automóviles, aunque más despacio, lo cual es mucho mejor, porque así no se atropella a nadie ni se está expuesto a romperse las narices. En una palabra, estaban divertidísimos.

Cierto día vino a posarse sobre el hombro de Bernardo un hermoso jilguero de pintadas plumas que, acercándosele al oído, le dijo:

—Vuelve a tu casa pronto, que tus papás te esperan.

Al oírlo tembló Bernardito, porque, en efecto, se le había olvidado volver a su casa, embobado con tantas diversiones.

Al punto contestó:

—Yo bien quisiera volver a mi casa; pero así como supe el modo de venir, no sé cómo volverme. Dímelos y verás qué pronto me pongo en camino.

—¡Ay, por Dios! —exclamó Margarita—. ¿Y tendrás tan mal corazón que serás capaz de dejarme sola?

—Eso de ningún modo —contestó Bernardo—; tú vendrás conmigo, y antes de volver a mi casa te dejaré en la tuya. Pero es el caso que no sé cómo salir. Dímelos pronto pajarito.

Mas el jilguero repuso:

—Todo puedo revelártelo menos eso, porque decirlo equivale a destruir este hermoso palacio donde las aves encuentran alimento y las flores viven sin que las corte nadie. Discurrir y quizá logres averiguarlo.

Dicho esto remontó el vuelo y desapareció por una ventana.

Bernardo se puso a buscar la salida, pero ésta no parecía por ninguna parte. Las puertas estaban cerradas con gruesos tornillos que no pudo sacar; los balcones estaban tan altos que era de todo punto imposible bajar por ellos, y las ventanas del piso bajo estaban tapiadas. No sabía

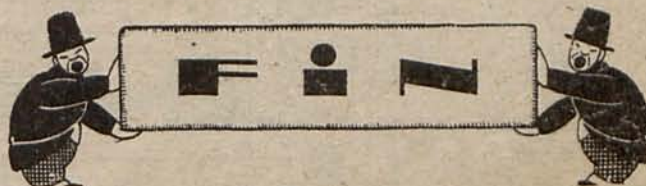
qué hacer, ni tampoco Margarita, que se entristeció al ver los inútiles esfuerzos de su buen amigo.

Llavaba Bernardo la trompetilla en el bolsillo del pantalón, y, al dar un salto, se le cayó al suelo. Retembló el edificio, y rasgándose el techo apareció el hada, no con apariencia de vieja, sino en forma de bellísima joven vestida de azul y oro.

—Hermosos niños —les dijo sonriendo—, habéis estado allí, que era vuestra casa; vinisteis acá, que es el país de los ensueños, y ahora vais acullá, al áspero camino de la vida. Para que se os allane y dulcifique, sed fieles a la virtud y *perseverad en la obra* que os propongáis. Sin fijeza, sin constancia, no se llega a ninguna parte. Con ellas, en cambio, el triunfo es seguro, porque la firme voluntad todo lo alcanza.

Y, al decir esto, besó cariñosamente a los dos niños. Bernardito, de pronto se encontró en su casa. Sus padres no le habían echado en falta. ¿Habría sido todo un sueño?

En todo caso, habría sido un sueño muy divertido; y las palabras del hada por sí solas, tan sabias y dignas de memoria, bastarían para que resultase un sueño provechoso.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Morronguis.  
JOSÉ RAMIRO.



La casita de Cañamón.  
CARMINA GARCÍA.



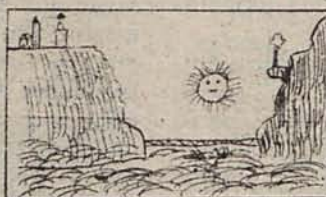
Pirula, sentada.  
AMPARÍN MARTÍNEZ.



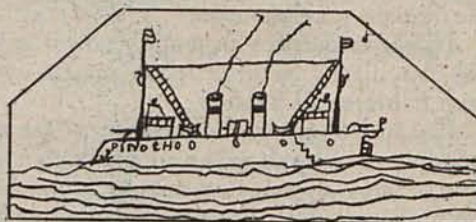
Busto africano.  
F. LETAMENDIA



Mi casita de verano.  
M. MIGUEL.—Once años.



Castillo de Pelucho.  
TERESITA GARCÍA.—Ocho años.



El acorazado Pinocho.  
ANTONÍN TERESA.

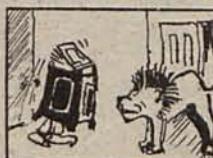


El gato de mi vecino.  
AURORITA CARRASCO.  
Diez años.



El Dante.  
J. PAREDES.

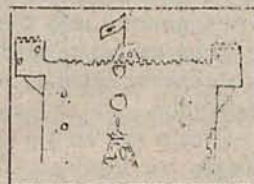
### EL LEÓN DEL ZOO (Historieta.)



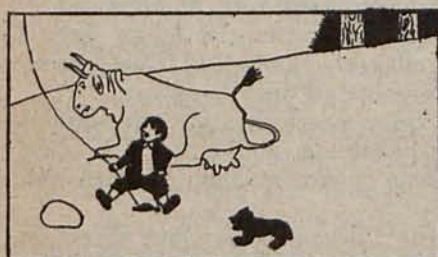
JORGE V. RADAELLY.



Uh portero.  
F. BUSTAMANTE.



El castillo de Pinocho.  
ENRIQUE DELGADO.  
Once años.



Yo, guardando vacas.  
LUIS GUERRERO.—Once años.



Mi amigo.  
MANOLITA GARCÍA.



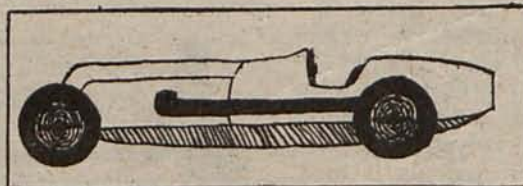
En la escuela.  
MIGUEL ALMIÑANA.



Un cazador de leones.  
MANUEL NIETO MOLINA.  
Diez años.



La muñeca de mi hermana.  
A. MOLINA.



Un nuevo Records.  
JOSÉ MARÍA PIÑAR.



Anita.  
J. MUÑOZ.



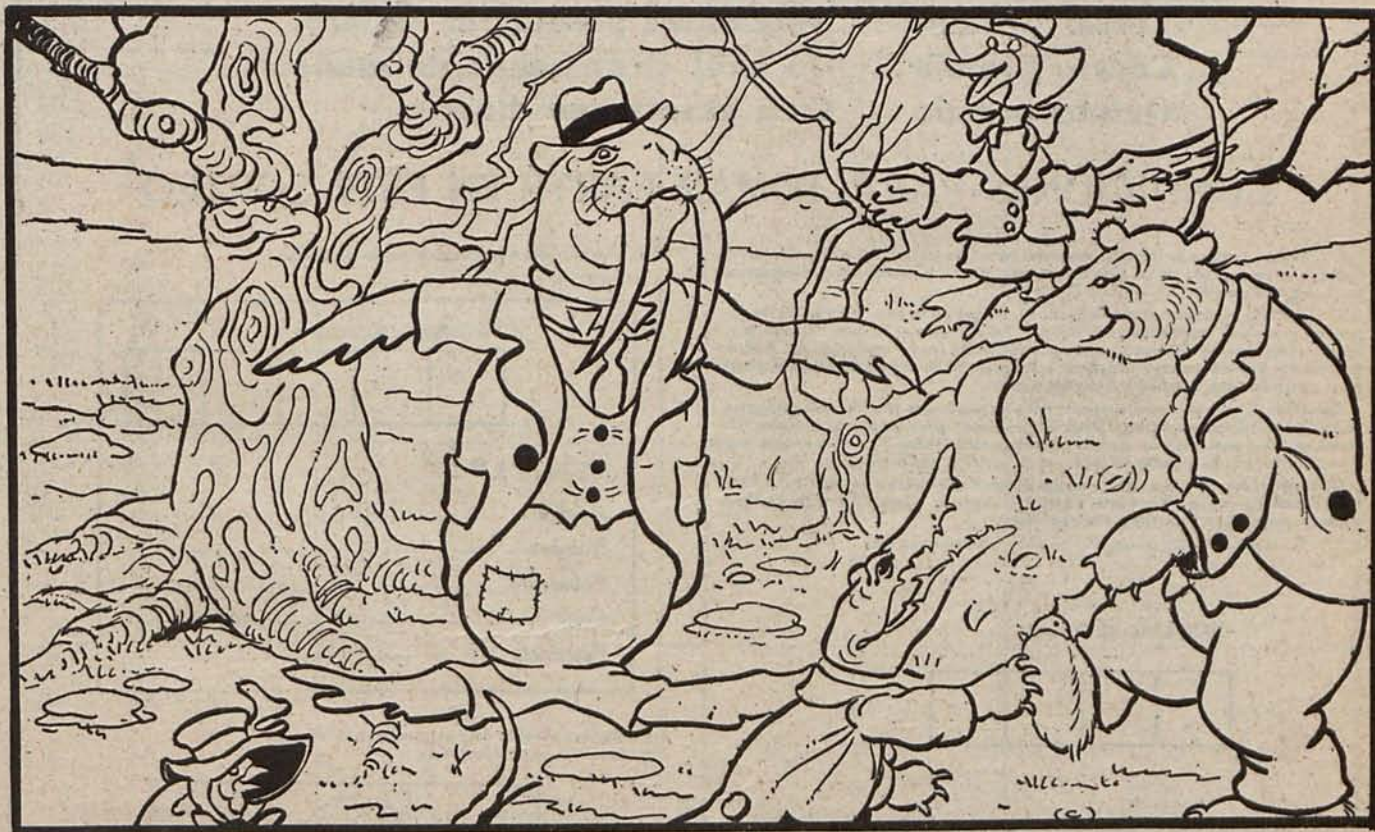
Cervantes.  
MERCEDES REY.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

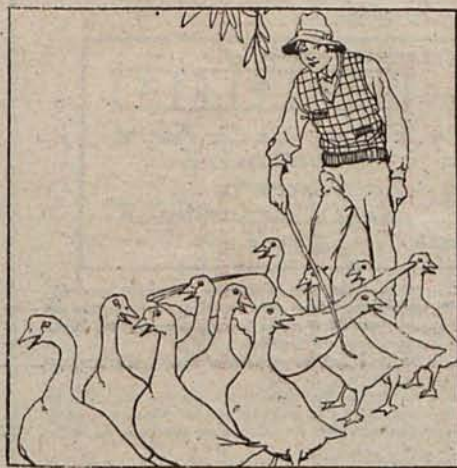
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## OTRO DESAPARECIDO



En nuestro número anterior habréis visto que el habitante de la selva que se perdió era un elefante. Bueno, pues ahora no creáis se trata de buscar una hormiguita, no. El que se ha perdido o escondido, pues los hay muy guasones, es nada menos que un hipopótamo. ¡Nada, una tontería de animalito! No dudamos de que, como es tan *chiquitín*, lo hallaréis en seguida.

### PROBLEMA

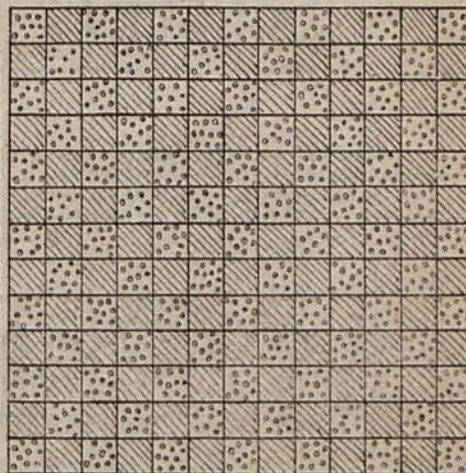


Un hombre tenía una manada de gansos y se dedicó a su venta de la forma siguiente: Primero vende la mitad de la manada, mas medio ganso, sin partir ninguno. En la segunda operación vende un tercio del resto, mas un tercio de ganso. En la tercera operación vende un cuarto del resto, mas tres cuartos de ganso, y, finalmente, vende un quinto del resto, mas un quinto de ganso. Después de hacer estas ventas le quedan diecinueve gansos. ¿Cuántos gansos tenía? Tened en cuenta que ningún ganso fué dividido.

### LOS CUADROS

**CUPÓN** DE SOLUCIONES DEL MES 141  
DE OCTUBRE

Envío del Pinochista D.....



He aquí un trozo cuadrado de linoleum compuesto de 169 cuadritos. Se trata de dividirlo en dos trozos perfectamente cuadrados: uno de 25 cuadritos y el otro de 144 cuadritos. Estos cuadritos deben casar perfectamente.



# GRAN SORTEO DE NAVIDAD DE 1927 PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

- Primer premio...** Un «auto» Citroen.  
**Segundo premio.** Una gran bicicleta.  
**Tercer premio...** Doscientas pesetas en dinero.  
**Cuarto premio..** Un baúl «trousseau» de muñeca.  
**Quinto premio ..** Cien pesetas en dinero.

## CONDICIONES PARA TOMAR PARTE EN ESTE SORTEO

1.ª Hemos publicado dieciséis cupones para este sorteo. Estos cupones se recortarán y se pegarán en su sitio correspondiente en la *plantilla* que publicamos en la página siguiente.

2.ª También se puede mandar la *plantilla* aunque no se conserven todos los cupones o aunque se tenga solamente algunos. En este caso se enviará la *plantilla* y, además, tantos sellos de a *real* (veinticinco céntimos) como cupones falten. **Estos sellos no deben nunca pegarse a la *plantilla*. Los sellos que vengán pegados no tendrán ningún valor.**

Ejemplos: Tienes dieciséis cupones; pues los pegas a la *plantilla* y la envías sin añadir ningún dinero en sellos. Tienes diez cupones; pues los pegas y añades seis reales en sellos para sustituir los seis cupones que te faltan. No tienes ningún cupón; pues tendrás que enviar dieciséis reales en sellos con la *plantilla*.

**Cuando con la *plantilla* venga dinero es NECESARIO certificar la carta. No será válida ninguna *plantilla* que traiga dinero en sellos y venga sin certificar.**

3.ª En la *plantilla* hay un espacio de cinco casillas como éste

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

en el cual debe escribirse un número de los que entran en el sorteo de la lotería de Navidad, o sea del 1 al 60.000. Cada cifra se escribirá claramente en una casilla. Así, por ejemplo, si se elige el número 59.863 se escribirá así:

NÚMERO ELEGIDO

5	9	8	6	3
---	---	---	---	---

4.ª Se escribirá también, en el sitio reservado para ello en la *plantilla*, el nombre y dirección completa del Pinochista remitente.

5.ª Una vez hecho todo esto, se meterá en un sobre la *plantilla* y se escribirá en el sobre, con letra clara, la dirección en esta forma:

*A Pinocho*  
*(Para el Sorteo de regalos)*  
*Madrid*  
*Apartado 447*

En la otra cara del sobre se escribirá lo siguiente:

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

REMITENTE

Apellidos .....

Nombre .....

Población .....

Calle ....., núm. ....

Provincia .....

De modo que el sobre deberá quedar en esta forma:  
 Por el anverso (o derecho), así:

*A Pinocho*  
*(Para el Sorteo de regalos)*  
*Madrid*  
*Apartado 447*

y por el reverso (dorso o revés), así (por ejemplo):

Número elegido

0	2	7	4	4
---	---	---	---	---

Remitente

Apellidos = Gómez de la Torre

Nombre = Clodomiro

Población = La Higuera

Calle = del Casino-nº 7

Provincia = Sevilla

6.ª Entrarán en sorteo todas las *plantillas* que recibamos completas (es decir, con dieciséis cupones o con un real en sellos por cada cupón que falte) antes del 10 de diciembre de 1927. Las que por cualquier causa lleguen después del 10 de diciembre no entrarán en sorteo aunque sean de América.

7.ª Tampoco entrarán en sorteo las *plantillas* que recibamos sin ajustarse estrictamente a estas condiciones.

8.ª Cada Pinochista puede enviar tantas *plantillas* como quiera, poniendo en cada una un número diferente; pero todas han de venir con los cupones o, en su defecto, con el importe correspondiente a razón de veinticinco céntimos en sellos por cada cupón.

9.ª Los premios serán, respectivamente, para aquellos que hayan elegido los números más aproximados a los de los premios primero al quinto, ambos inclusive, del sorteo de la Lotería Nacional del 22 de diciembre de 1927.

10. El tomar parte en este sorteo implica la aceptación de todas sus condiciones y la sumisión a la autoridad única e inapelable de PINOCHO para cualquier caso de duda, discrepancia o imprevisto, así como la renuncia a toda clase de reclamaciones por cualquier concepto.



PLANTILLA remitida por

D. ....

Población .....

Calle ..... núm. ....

Provincia .....

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Cupón número 1.

Cupón número 2.

Cupón número 3.

Cupón número 4.

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Cupón número 5.

Cupón número 6.

Cupón número 7.

Cupón número 8.

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Cupón número 9.

Cupón número 10.

Cupón número 11.

Cupón número 12.

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Aquí se pega el

Cupón número 13.

Cupón número 14.

Cupón número 15.

Cupón número 16.



# Sección Pirula

## PIRULA, MODISTA



*Entretiempo.*—Tengo algunas Pirulindas—pocas— a quienes les gusta algo presumir— poco—; y por eso les encantan los trajes de entretiempo, o sea los de ahora, que las hacen parecer mayores. Durante todo el verano, las señoras han aparentado ser niñas de mentirijillas; ahora, durante un par de meses, les toca a las niñas parecer señoritas... de mentirijillas, también, con sus trajecitos de hechura sastre. De mentirijillas, sí; pero muy monas y elegantes, sobre todo si eligen uno de los tres modelos que ilustran esta plana.

El núm. 1 se compone de una levita y una falda de *kasha*, color beige (fijaos cómo escribo *kasha*, no vayáis a leer *casa*, que sería bien distinto, ¿eh?), con cuadritos en color marrón. La parte superior del vestido y el forro de la levita son de idéntica seda color beige, adornada con trencilla marrón. Igual trencilla adorna también el sombrero de fieltro beige.

El núm. 2 también es a cuadros (como soy pintora, me gustan mucho los cuadros. ¡Uy!, ¡qué chiste más malo!) Puede hacerse en dos matices de un mismo color, o en dos colores; por ejemplo, verde y encarnado, y resultará muy práctico para ir a la escuela. Como veis, el único adorno del cuerpo y de las solapas, que son de tela lisa, son unas incrustaciones de tela a cuadros, igual a la de la falda y de la levita.

El núm. 3 es azul; la falda plisada y la levita son de lanilla azul marino; el cuerpo del vestido es azul claro, con pespuntos azul marino. El sombrero hace juego con el traje; es azul claro por encima y azul marino por debajo, y lo adorna una cinta de *gros grain* azul marino.

¿Me perdonáis el haberos hablado tanto de una cosa tan poco interesante para nosotras como son los trajes? Es que no quiero que os pase lo que a la pobre señora Nieve de mi cuento, que «no tenía nada que ponerse».

## CUENTOS DE PIRULA

*La nieve y la flor.*—En aquellos remotísimos tiempos todas las cosas del mundo ya tenían su color: las flores y los árboles, los pájaros que vuelan y los peces que nadan, los insectos y la hierba; todo, todo, menos cuatro cosas que no tenían color ninguno: el agua, el aire, el viento y la nieve. Aun al aire y al agua les quedaba el consuelo de tener, estando en grandes cantidades, una apariencia de color; mucho aire parece azul, y es el cielo; mucha agua parece azul o verde, y es el mar; o blanca o rosa, o roja o gris, y son las nubes.

Pero el viento y la nieve, fuesen mucho fuesen poco, no tenían color. El viento, furioso de esta desgracia, se contentaba con hinchar los carrillos, soplar con todas sus fuerzas y mugir: «juuuuuh! juuuuuh!, y esto le desahogaba.

Pero la nieve era inconsolable.

Ella era, por aquel entonces, incolora, transparente, como el agua en pequeña cantidad, o como el cristal, casi diríase invisible; y, mujer al fin, y, como mujer, presumida, se desesperaba de no poder lucir un lindo vestido; y suspiraba: «¡No tengo nada que ponerme!»

Un día se decidió a solicitar el don de un poco de color y se fué a ver a la reina de los jardines, a la Rosa.

—Señora Rosa —la dijo—, la más bella de todas las flores, dame un poco de tus colores; dame un poco de rosa, de amarillo o de encarnado.

Pero la rosa, llena de orgullo, agitó pomposamente sus pétalos y le volvió la espalda.

Entonces dijo a una mariposa que revoloteaba por allí:

—Precioso insecto, a ti te sobran los colores; hasta oro y púrpura hay en tus alas. ¿Me das uno?

Pero la mariposa, ligera y atolondrada, ni siquiera la oyó.

La pobre nieve se fué al prado y dijo a la hierba:

—Nada iguala en frescor a tu color verde. ¿Me das un poco para hacerme un vestido?

La hierba contestó secamente (es que hacía días que no llovía y estaba seca, en efecto):

—No puedo; si te diera algo de color, me quedaría menos verde y no me querrian ya las vacas, las cabras, ni los pintores.

Sin querer descorazonarse todavía, la nieve se internó en un bosque, y, dirigiéndose a una encina secular, cuya copa se perdía en las alturas, imploró:

—Venerable anciana, por Dios te lo pido; dame un poco del color de tus hojas.

Y la encina, mirándola despectiva de arriba abajo, contestó:

—¡Vete! ¿No sabes que aquí está prohibida la mendicidad?

La pobre nieve oyó este insulto y se avergonzó. La habían tomado por una mendiga. Y siguiendo en su peregrinación, halló un clavel y le dijo:

—Hermoso clavel, ¿me querrias dar un poco de tu encendido color? ¡Es tan bello y tienes tanto!...

El clavel se enterneció al oír los piropos que le prodigaba la nieve, y contestó:

—Gracias por tus lisonjas, pobre nieve; pero no te puedo dar nada de mi color, pues sin duda has olvidado que eres mi enemiga. Cuando tú vives, yo muero; tu frío me mata, y si quiero adornar alguna mesa en invierno, tengo que vivir en estufas, casi artificialmente. Ya ves que no puedo darte nada de mi color. Así habló el clavel.

Y la desdichada nieve recorrió prados y jardines, bosques y carreteras. Nadie la atendía, nadie se compadecía de ella, nadie le daba color.

Hasta que, al fin, desesperada, se detuvo y se echó a llorar lágrimas heladas.

En aquel momento oyó una vocecita tenue, que murmuraba tímidamente:

—¿Qué te pasa, señora Nieve? ¿Por qué estás triste? ¿Por qué lloras?

La que así hablaba era una florecilla silvestre blanca y con forma de campanilla, cuya cabecita apenas salía de la tierra.

—Lloro —dijo la nieve—, porque no tengo nada que ponerme; nadie me quiere dar un poco de color para hacerme un traje. Vengo recorriendo el mundo; he pedido color, un poco de su color, a la rosa, a la gentil mariposa, a la hierba del prado, a la fuerte encina, al hermoso clavel... y todos, todos, me han dicho que no, o me han despreciado.

—¿Te serviría el color blanco? —preguntó la flor.

—¡Ya lo creo! Como que me parece el más bello de todos.

—Pues coge mi manto inmaculado y serás blanca como yo.

—Pero..., ¿y tú?

—¡Oh! Yo tengo tanta blancura, que aun ha de sobarme para mí.

La nieve aceptó el regalo de la campanilla; blanca se volvió y blanca se quedó.

Y la nieve, a pesar de ser tan fría, no es una ingrata; ha sabido agradecer aquel favor que generosamente le hiciera la campanilla blanca.

Desde entonces, cada invierno, lo cubre todo con su manto helado; cubre los árboles y los rosales, los prados y la tierra; solamente perdona a la campanilla blanca, que, atravesando la nieve, yergue siempre su cabecita humilde, tímida y gentil.

